

UNA PUBLICACION DEL GRAL. TORREA EN SEPTIEMBRE
DE 1921

UN MAUSOLEO EN QUE NO HAY RESTOS
¿DONDE ESTAN LOS RESTOS DE LOS NIÑOS HEROES?

El atentado de la fuerza sobre el derecho había tenido una consumación dolorosa. En tanto que nuestros heroicos reclutas, ingresados al Ejército sin conocer la noción de Patria, sin saber con qué objeto y arrancados de sus hogares por el brutal y atentatorio reclutamiento de la leva, eran valientes, eran abnegados y ganaban batallas, el mando buscaba la retirada, reunía las bochornosas juntas de guerra, que simbolizan la cobardía y el reparto de las responsabilidades y nuestros generales, perdían los combates que habían ganado nuestros heroicos soldados.

Los alumnos del Colegio Militar recibían por conducto de su Director, la orden expresa del Jefe del Ejército, del Presidente de la República, para retirarse a sus domicilios, después del desastre heroico e inútil del Molino del Rey, en el que para aumentar nuestras vergüenzas militares, cuatro mil jinetes a cargo de un General inepto en el arma de Caballería, presenciaron la matanza y la derrota, sin inmutarse y sin cargar. Todo por que el General Santa Anna había enseñado a sus soldados a que aunque triunfaran, siempre resultarían vencidos por los norteamericanos.

Todo se había perdido... El Comandante del Ejército, acompañado de un núcleo de desvergonzados, ignorantes del respeto que se debe a los entorchados y de lo que significa el honor militar, abandonaba la Capital de la República, en tanto que un grupo de niños esculpía para la historia un episodio digno de la Esparta de otras edades; los Alumnos del Colegio Militar de Chapultepec enseñaban a muchos hombres como se debe combatir y como se debe morir por la Patria. El episodio que no se rememora debidamente aún, creó una tradición para el Colegio Militar y un lugar histórico irremplazable.

El sacrificio se consumó por aquellos niños y, con veneración y sin partidismo, es la única remembranza que se conserva intocable. En México nuestros héroes, para immortalizarse, han necesitado morir prematura y oportunamente y sólo por destino han cumplido con esa penosa necesidad nacional, los Alumnos del Colegio Militar, defensores del Castillo en 1847, y el héroe inmortal de Puebla. Nuestras excelsitudes supremas: Vicente Guerrero, José Joaquín de Herrera, Mariano Arista, Ignacio Comonfort, Santos Degollado, Jesús González Ortega y otros de época pretérita, admirados por sus virtudes y por su patriotismo comprobado, han muerto con la espalda vuelta de sus conciudadanos; precisamente de

aquellos que los aplaudieron y adularon, cuando estaban en el poder.

Aquellos jóvenes se sacrificaron por la Patria...; pero la enseñanza resultó estéril, por que como bien se sabe, bien se significaron como anti-patriotas los diez millones de habitantes con que contaba la República, todo debido a la perversidad de nuestros políticos directores. Y en tanto se nimbaba aquella epopeya, el insignificante César mexicano, tranquilamente buscaba la retirada por Guadalupe Hidalgo y el invasor levantaba el campo, tinto en la sangre heroica del Batallón de San Blas, que para ejemplo de la Infantería mexicana, supo dejar casi todo su efectivo incrustado en las laderas del cerro y en la sangre infantilmente heroica de los Cadetes, que bien supieron grabar en roca, el nombre de las mejores virtudes militares, para ejemplo de las posteridades, que aun no podemos decir imparcialmente, si han sabido practicarlas.

Y el General Americano que levantó el campo dijo... (ese General no era caballeresco como Montecucolli). ¿Para qué abrir fosas, si el bosque tiene muchas zanjas...? y ahí en una de ellas, al sur del cerro, al sur de los cuatro "ahuehuetes de Miramón", en esa zanja fueron echados en montón los cadáveres del casi completo efectivo del Batallón de San Blas, el del Subteniente de Zapadores Juan de la Barrera y los de los Cadetes que murieron muy alto... allá cerca del cielo, los que pudieron penetrar francamente a una gloria, que aquí se ha regateado a tantos mexicanos que la merecen.

Un antiguo y ameritado General de División me señaló ese lugar, como el sitio en que fueron enterrados los jóvenes Alumnos; tradición que él recogió de otro General de antigüedad aun muy anterior y que como él, se educó en el extinto Colegio. Desde tiempo pretérito traté de inquirir el lugar de entierro de los héroes, siempre sin resultado. Nada me dijeron los libros de las Parroquias, nada los versados en historia, entre otros el distinguido historiador D. Fernando Iglesias Calderón, sobrino del Subteniente Juan de la Barrera, ni nada los viejos ex-Alumnos del antiguo Plantel... sólo la voz segura de aquel honrado General, fue la que me repitió siempre: los Cadetes héroes están ahí, en la zanja al sur de "Los ahuehuetes de Miramón". Me obsequió un plano y me señaló el sitio que hasta ahora ha permanecido ignorado.

Hace muchos años, se hizo un monumento mortuario para glorificación de los héroes de la epopeya; pero no se trató de buscar los restos, muy dignos de la veneración nacional, para colocarlos bajo un severo túmulo, como es natural y debido. Y cuando los que visitan el obelisco, reverentes creen que ahí reposan los restos de

los sacrificados en aras del más culminante de los deberes, olvidan que nosotros, con serio perjuicio de nuestras tradiciones de la historia, olvidamos mucho de lo meritorio que tenemos, para rendir, las más de las veces, homenajes a hombres y hechos extranjeros, que valen mucho menos que los nuestros.

No hemos querido aprender o desgraciadamente lo olvidamos, que los pueblos sin tradiciones, son pueblos muertos para la historia y que los Ejércitos que las descuidan, valen muy poco en el orden militar. En cambio vemos levantar monumentos en nuestra propia Capital a hombres de otros pueblos, muy dignos de ser venerados; pero siempre en lugar secundario a los nuestros, por que sólo de ese modo se forma el alma nacional. Nosotros tenemos en poco a nuestros hombres y a nuestros hechos, por la sola razón de que no son importados. Para siempre se borró el lugar de honor en que murió por la Patria el Subteniente del Batallón de Zapadores Juan de la Barrera, la yerba ha dejado ya indefinido el sitio en que envuelto en la Bandera y acribillado a balazos murió el Teniente Margarito Suazo, del Batallón de Mina y el hermoso del parque, acabó para siempre, sin dejar huella, con la capilla histórica de San Miguel, donde murió con su Bandera el heroico Teniente Coronel Xicotécatl, Comandante del histórico Batallón de San Blas.

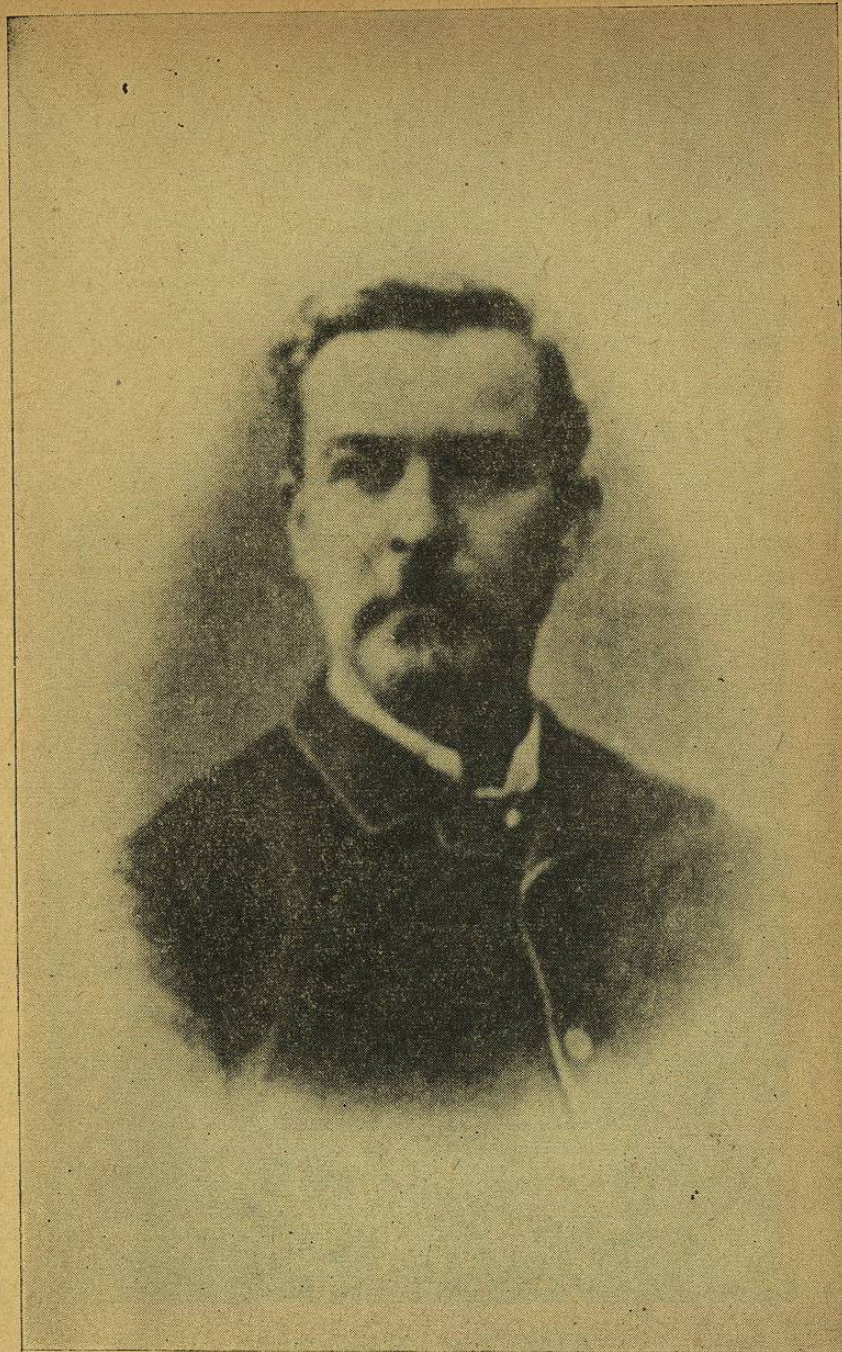
En lugar de que el bosque como enseñanza, hablara de las glorias de entonces, de nuestros mexicanos dignos, de los Cadetes de Chapultepec, de lo grande del Batallón de Mina y de lo inmenso del Batallón de San Blas... sólo hay calzadas que llevan nombres sin importancia para la historia...

Y, en tanto, según la tradición que he relatado, allá en la zanja al sur del cerro, al sur de los "ahuehuetes de Miramón", macabramente, los restos de los héroes esperan que se les lleve al lugar de honor que la Patria señala a sus hijos, cuando heroicamente han sabido cumplir con el deber máximo.

Por lo demás es muy explicable lo sucedido en un País, en que se recompensa al héroe del 5 de Mayo, hasta después de muerto, en que se necesita que pasen cien años para levantar un monumento digno a los Héroes de la Independencia y que transcurran setenta y cuatro años sin que se perpetuara la memoria del episodio máximo de nuestra historia; el episodio del honor y del deber enseñado por unos niños: la defensa de Chapultepec.

Pero... ¿no debemos algún día reparar nuestras faltas, olvidar nuestros yerros y corregir nuestros olvidos?

Quien esto haga merecerá el aplauso por su patriotismo y un justo y merecido elogio por su actitud de buen mexicano.



Gral. de Brigada José Montesinos.

Oficial Mayor de la Secretaría de Guerra los años 1883-85. Marcó al entonces Tte. Corl. Manuel M. Plata, Subdirector del Colegio Militar, el lugar en donde se hallaban sepultados los restos de los alumnos héroes del Castillo de Chapultepec.



Alférez Juan Manuel TORREA

Ayudante del Gral. Mayor de Ordenes de la Plaza de México —1896.—

Sigue el relato del Gral. Torrea

Origen de la Tradición

“De donde parte la tradición a mi juicio es inatacable para los que supimos del valer de aquellos hombres de una honradez reconocida: Grales. José Montesinos y Manuel M. Plata. Del Gral. Montesinos, cuando fue alumno del Colegio Militar escribe el Gral. Francisco de P. Troncoso: “Fue siempre muy querido, decir Pepe Montesinos era lo mismo que decir el centro de un grupo de los mejores alumnos a quienes daba consejos, regañaba, acariciaba, alababa, gritaba, reía, protegía y cuando le pedían su opinión se las daba CLARISIMAMENTE...”. Sigue diciendo el Gral. Troncoso en su libro “Diario del Sitio de Puebla”; “...Montesinos es de una memoria muy feliz y apasionado por la lectura; pero no para pasar el tiempo sino como un deseo insaciable de aprender; siempre escribe mucho sobre lo que lee; como comentador es difícil encontrar uno que se le iguale...”. Y el Gral. Rocha hacía comentarios del Gral. Montesinos reputándolo como hombre serio y pundonoroso y al tratar del sitio de Querétaro, como Coronel valiente y muy entendido en su arma. Con el solo grado de Coronel y Jefe del 6º Batallón de Guanajuato, fue escogido por el Gral. Rocha para mandar en Querétaro la primera brigada de su división.

Al rendirse la plaza de Puebla, el entonces Coronel Montesinos fue deportado a Francia y él y otros decidieron pasarse a España y con la ayuda del Gral. Prim se establecieron pobremente en San Sebastián. Pero el Coronel no quería seguir viviendo con la ayuda de generosos españoles y el pundonoroso Coronel Montesinos dijo a otros quince oficiales: “Es preciso hacer algo para que no se diga en San Sebastián que ha caído sobre el puerto y en esta casa una legión de gacznates aventureros. He pensado que nos ofrezcamos para trabajar como albañiles en el castillo “La Mota” que está en la ladera del monte Urgel”.

Al día siguiente, más de quince oficiales con el uniforme del Ejército Mexicano se le presentaron al Coronel Esparza y Montesinos le dijo en nombre de todos: “Coronel, somos Oficiales... de México”. “Sí, ya conozco vuestra historia: prisioneros de guerra, abandonados por los franceses”. El Coronel Montesinos le dijo: “Hemos preferido la miseria a la deshonra. No queremos vivir sin trabajar; nos amarga un alimento y un hospedaje que no pagamos y venimos a pedir a usted un favor que no habrá de negarnos”.

Los aceptó como lo solicitaron, como albañiles y al día siguiente, al rayar el alba llegaron a la obra vistiendo de uniforme, se despojaron de las ropas exteriores, cogieron cubetas de mezcla, cucharas y se pusieron a fabricar la parte superior de un muro.



GRAL. DE DIVISION MANUEL M. PLATA.

Fue quien llevó a Chapultepec al Gral. TORREA el 6 de agosto de 1926, para enseñarle el sitio en que estaban sepultados los héroes del Colegio Militar muertos en la defensa del Castillo de Chapultepec.

Varios meses vivieron allí y no pudieron pagar a la patrona toda la deuda.

Después de nueve años de la caída del imperio, subió a la Presidencia el General Díaz y conoció de este asunto. Dispuso que se pagara inmediatamente y con creces a la noble protectora de los oficiales mexicanos.

Por cable se ordenó a nuestra Legación que saldara la cuenta y al presentarse el diplomático mexicano a la señora Zugasti, la amiga y protectora de los mexicanos, dijo entre otras cosas al recordar a sus huéspedes: "Pobrecitos, no deseaban más que dos cosas: pagarme e ir a combatir al imperio. Aquel Montesinos, qué joven tan inteligente, qué bien hablaba y cómo se fue con otros a trabajar como albañil al castillo de "La Mota". "Aquella deuda al pagarse revelaba la honradez de nuestro gobierno... El comisionado visitó la casa en que vivieron aquellos oficiales y después, era natural, el castillo, en que trabajaron como albañiles. En ese Castillo, en la galería que ve al norte, en la bóveda de un ángulo, vio escritas con piedrecitas blancas una fecha: "1864", y esta dulce palabra que le llegó al corazón: "¡México!"

El Gral. Montesinos transmitió la tradición al entonces Tte. Corl. Manuel M. Plata.

El Gral. Plata era un hombre de carácter férreo, serio, excesivamente serio, acucioso, de una honradez generalmente reconocida. Merece todo crédito la tradición que me confió, porque era de un carácter observador, acertado y de notable facultad retentiva para los hechos, las personas, sus virtudes y sus defectos.

El eminente general D'Brak consideraba que el jefe selecto debe conocer a sus subordinados por sus nombres y toda clase de detalles necesarios para el servicio y para ser escogidos en casos particulares del servicio militar.

El Subdirector del Colegio Militar, Mayor y hasta Coronel Manuel M. Plata conocía a todos los alumnos por sus nombres y apellidos, sabía el año que estudiaban, sus virtudes como estudiantes, los arrestos y los muy favorecidos con plantones, etc., sus disposiciones para la disciplina y para el mando, etc., etc.

Ese mismo conocimiento lo tenía muy amplio de la mayoría de los generales y jefes del Ejército, por ese don de observación y acuciosidad de que dio señaladas muestras en diversas ocasiones.

Es por eso que considero de toda seriedad la información, ratificada ahora, ya que por tantos años hemos venido sosteniendo, el lugar de descanso de los "Titanes Cadetes", sacrificados en el asalto al Alcázar de Chapultepec, y más tarde trasladados a otro lugar.

La tradición, al tratarse también de este caso, no está en ma-

nuscritos, no está en los libros de las parroquias, ni en los libros de defunciones; es uno de tantos casos "que se grabó profundamente en la imaginación" por el amor a los hechos heroicos de México y a lo epopéyico y más grande de todos los tiempos, al tratarse de un caso particularmente de alteza y heroísmo. Bien se sabe que en milicia la tradición no es el culto a la rutina. Lejos de romper con el pasado como ha expresado un notable general, en continuados arranques de arrogancia, deberíamos admitir y buscar el remache más fuerte para los eslabones de nuestra modesta historia militar.

No cometimos el error de buscar los restos de los cadetes entre los americanos que quedaron en los diversos lugares y en los que tuvieron desarrollo los diversos combates; no en el Molino del Rey, terrenos en que fueron enterrados los combatientes de esos lugares; no entre los que murieron en Chapultepec que fueron llevados al panteón de la Tlaxpana, no alrededor de la parte sur en zanjas en que fueron inhumados los soldados mexicanos que defendieron terrenos aledaños a la fuente monumental y rumbo a la calzada de Tacubaya. Tal vez el Dr. Lucio, Médico del Colegio, quizás el Capellán, como lo supone el Prof. Carreño, o gente piadosa y de sensibilidad humanitaria, deben haber recogido los cadáveres de los jóvenes alumnos del Colegio Militar y los depositaron en un lugar poético, sombrío y silencioso a la vez que bien marcado; el lugar que sombrean los cuatro hermosos ahuehetes frondosos y entonces orlados con abundantísimo ramaje; los que después llevarían el nombre de uno de los defensores del Alcázar, "de Miramón". De allí se llevaron a otro lugar, al en que se encontraron".

EL UNIVERSAL.

EL GRAN DIARIO DE MEXICO. SEGUNDA SECCION.

México, D. F., sábado 24 de julio de 1926.

¿DONDE REPOSAN LAS CENIZAS DE LOS AGUILUCHOS?

EL CLARO QUE SOMBREAN LOS "AHUEHUETES DE MIRAMÓN".

LOS CUERPOS DE LOS CADETES, HEROES DE LA EPOPEYA, NO FUERON ENTERRADOS POR SUS FAMILIARES. UNA NOTICIA TRASMITIDA DESDE EL 47.

EL SITIO DONDE MURIO EL TENIENTE SUAZO, EN LAS CERCANIAS DEL MOLINO DEL REY. UNA INICIATIVA, HOY QUE SE ABRE EL NUEVO COLEGIO.

Por JACOBO DALEVUELTA.

Ayer en la mañana, don Juan Manuel Torrea, antiguo militar y quien desde hace mucho tiempo, anda buscando el sitio de reposo de los restos de los aguiluchos epopéyicos, me habló, una vez más, del resultado de sus pesquisas. Ha revuelto y manoseado archivos; ha devorado libros; ha preguntado en fin, por todas partes, con paciencia franciscana, dónde estarán los huesos de los héroes mayores de la trágica jornada del 47. Yo admiro con toda devoción, la fe, el entusiasmo, la energía y la esperanza y el desconsuelo del señor Torrea. Siempre le opuse mi pesimismo; siempre encontré, en cambio, su entusiasmo.

Y ahora me imagino —cuando se llegue al descubrimiento definitivo de las cenizas— cómo irán los niños y los hombres a presenciar su desfile, rumbo al Nido Vacío. ¡Qué fuerte espectáculo será sin duda! Creo ver al pueblo escolar —como en la glorificación de Nervo— regar de flores el piso sobre el cual pasen los arzones de artillería conduciendo los féretros de oro...